



**UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA**

**Facultad de psicología**

Trabajo final de grado:

**La angustia y su relación con el sujeto,  
una mirada psicoanalítica.**

**Modalidad: Monografía**

**Estudiante: Luis Martín Fernández González      C.I: 4574933-8**

**Tutor: Prof. Adj. Mag. Octavio Carrasco**

**Revisor: As. Mag. Gonzalo Grau**

**Montevideo, Uruguay**

**Setiembre, 2020**

Cuerpos que hablan, cuerpos que cuentan historias,  
cuerpos que callan marcados por una sociedad que exige,  
demanda y los controla.

El cuerpo como portavoz del miedo ante la incertidumbre  
que esta sociedad genera.

Cuerpos moldeados por otros y para otros, que dan cuenta  
de lo oculto, de lo que no se habla, de lo siniestro.

Los mismos cuerpos que se muestran sin ser vistos,  
que gritan sin ser escuchado, que continúan sin ser tocados.

¿Qué estamos haciendo?

## ÍNDICE:

<b>Resumen.....</b>	<b>3</b>
<b>Abstract.....</b>	<b>4</b>
<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>1) Angustia en Freud.....</b>	<b>7</b>
1ª Teoría de la angustia:	
Angustia realista y angustia neurótica.....	7
2ª Teoría de la angustia:	
Angustia señal.....	11
Angustia de castración y formación del síntoma.....	13
<b>2) Angustia en Lacan.....</b>	<b>16</b>
Angustia como afecto primordial:	
Angustia señal.....	16
Angustia y objeto a:	
La angustia no es sin objeto. Angustia como fenómeno de borde.....	18
La función de la falta:	
Complejo de castración.....	21
<b>3) Encuentro analítico y posibles desenlaces.....</b>	<b>27</b>
<i>Acting out</i> / Pasaje al acto y su relación con la angustia. (Caso Dora).....	27
<b>4) Consideraciones finales.....</b>	<b>33</b>
<b>Referencias Bibliográficas.....</b>	<b>36</b>

## RESUMEN.

El objetivo del presente trabajo es aportar una mirada que nos invite a cuestionarnos y pensarnos en relación a la angustia, entendiendo la misma como un aspecto ineludible en el tratamiento psicoanalítico, conceptualizando y reflexionando a partir de las miradas de Freud y Lacan. Es a partir de lo expuesto por dichos autores y de su concepción de la angustia como afecto, que se vuelve un aspecto fundamental para su abordaje clínico, en tanto da cuenta de ciertos límites que interpelan constantemente al sujeto.

La importancia de tal desarrollo se sustenta en la comprensión de la misma como el afecto que más interesa al psicoanálisis, en la medida en que remite directamente al sujeto, poniéndolo en jaque, no solo en relación a si mismo sino en relación a otros sujetos, dejando al descubierto, a la vez, cierto sufrimiento psíquico. Como un aspecto fundamental a tener en cuenta, diremos que la angustia en tanto afecto primordial es experimentada en relación al Otro, quien ocupa un lugar fundamental en dicho entramado. Es a partir de dicho lugar que se abordaran las nociones de *acting out* y pasaje al acto, entendidas como actuaciones provenientes del sujeto en relación con este Otro.

Palabras claves: Angustia, sujeto, psicoanálisis, Otro.

## **ABSTRACT.**

The purpose of this study is to provide a perspective that leads to questioning and thinking ourselves in reference to anguish, which is an unavoidable aspect of the psychoanalytic treatment, conceptualizing and reflecting over the views of Freud and Lacan. It is based on their contributions and conception of anguish as affection that it becomes fundamental for its clinical approach as it stands for certain limitations that constantly question the subject.

The importance of this research lies on the understanding of anguish as the most relevant affection to psychoanalysis, for it refers directly to the subject, challenging them, not only in relation to themselves but to other subjects, uncovering, at the same time, a certain psychic suffering. It is noteworthy that anguish, as an essential affection, is experienced in relation to the Other who has an essential role in this framework. It is based on this conceptualization that the concepts of acting out and enactment will be analysed, understanding them as activities originating from the subject in relation with this Other.

Key words: anguish, subject, psychoanalysis, Other.

## **INTRODUCCIÓN:**

El abordaje de la angustia ha sido objeto de estudio a lo largo de la historia desde tiempos muy remotos, dando lugar a diversas concepciones que atraviesan diferentes campos disciplinarios. El Psicoanálisis no es ajeno a ello, para este, la angustia se posiciona como un pilar fundamental en lo que refiere al estudio de los sujetos, dando lugar a diversos abordajes teórico/clínicos desde su surgimiento hasta la actualidad. En relación al mismo, la angustia se erige en su calidad de afecto primordial siendo plausible de análisis desde diferentes aristas, aportando a una vasta y compleja trama de relaciones conceptuales que se ponen en juego y que se articulan entre sí.

El objetivo de este trabajo se basa, fundamentalmente, en realizar un recorrido con el fin de dilucidar aquellos aspectos que resultan fundantes en la concepción actual de la angustia desde una perspectiva psicoanalítica. Dicho recorrido busca conceptualizar y reflexionar con relación a la misma a partir de las miradas de Freud y Lacan. Es a partir de lo expuesto por dichos autores y su concepción de la angustia como afecto, y no como sinónimo de enfermedad, que se vuelve un aspecto fundamental a ser considerado. Dicha relevancia se sustenta en la medida en que da cuenta de ciertos límites que interpelan constantemente al sujeto en su vida cotidiana. Razón que motiva, a la vez que implica un desafío para la exposición del presente desarrollo.

A partir de lo anterior es que el mismo se estructura en tres capítulos, mediante los cuales se pretende exponer diferentes aspectos que resultan fundamentales, tanto para la conceptualización como para el entendimiento actual de la angustia desde la teoría psicoanalítica.

En el primer capítulo nos centraremos en lo propuesto por Freud en relación a la angustia. Partiremos desde sus primeras teorizaciones al respecto, abordando la concepción de la misma en tanto angustia realista y angustia neurótica. Expondremos la diferenciación entre ambas, así como también de qué manera se presentan en la clínica. Siguiendo el recorrido planteado por el autor, abordaremos la misma entendida como angustia señal y finalmente expondremos que relación guarda con la castración. En dicho desarrollo abordaremos diferentes momentos teóricos propuestos por el autor con relación al tema, a partir de los cuales llegará, posteriormente, a sus últimas teorizaciones al respecto.

En el segundo capítulo se presenta la angustia desde la perspectiva lacaniana, a través de la cual es presentada como el afecto que más interesa al psicoanálisis. Mas adelante abordaremos la angustia en relación al objeto *a*, articulación necesaria para su

conceptualización, a la vez que será presentada en su estrecha relación con el deseo y el goce, auspiciando como término medio entre ambos. Finalmente, al igual que en el capítulo anterior se expondrá su relación con la castración y el complejo de Edipo respectivamente, siendo este punto de gran relevancia para su abordaje.

En un tercer capítulo se pretende dar cuenta, teniendo en consideración diferentes pasajes del historial clínico de Dora (Freud, 1905 [1901]), cuales son aquellos movimientos plausibles para el sujeto en relación a la angustia. Desde tal punto se abordarán las nociones de *acting out* y pasaje al acto, refiriendo a aquellas actuaciones que se presentan tanto fuera como dentro del campo psicoanalítico y que implican un mostrarse para el sujeto.

Finalmente se exponen algunas consideraciones finales que se desprenden del presente trabajo, las cuales dan cuenta del recorrido realizado, así como también de los diferentes puntos de articulación presentados.

## **ANGUSTIA EN FREUD.**

Como muchos de los conceptos psicoanalíticos, la angustia fue trabajada y desarrollada por el propio Sigmund Freud a lo largo de su vida. La misma ha dado lugar a diferentes escritos presentes en su obra, donde no solo es abordada a fin de lograr una basta conceptualización del término, sino que además es articulada con otras nociones, aumentando así el espectro de su estudio. Por esta razón es que dicha noción fue evolucionando a lo largo de su obra, motivo por el cual resulta necesario identificar las diferentes posturas para lograr comprender las concepciones finales en relación a la angustia.

### **1ª Teoría de la angustia:**

#### ***Angustia realista y angustia neurótica.***

Como primer esbozo al respecto, podemos encontrar dentro de las “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, la Conferencia 25 denominada precisamente “La Angustia” dictada en 1915 en la Universidad de Viena. Allí el autor nos brinda una primera aproximación, exponiendo una primera teoría de la angustia, presentando la misma como un “estado afectivo” (Freud, 1917, p.357). Dicho estado podría entenderse como uno de los dos registros a los cuales responde toda pulsión, siendo la representación el otro registro posible, “el afecto es la expresión cualitativa de la cantidad de energía pulsional y de sus variaciones” (Laplanche & Pontalice, 1996, p11). En palabras de Freud:

“Un afecto incluye, en primer lugar, determinadas intervenciones motrices o descargas; en segundo lugar, ciertas sensaciones, que son, además, de dos clases: las percepciones de las acciones motrices ocurridas, y las sensaciones directas de placer y displacer que prestan al afecto su tono dominante” (Freud, 1917, p.360).

Dicho estado afectivo, se presenta enlazado directamente al fenómeno represivo, reconociendo al mismo como estructurante psíquico de los sujetos. En dicha conferencia el autor plantea que la represión es la que da lugar a la angustia como una manifestación de libido no tramitada.

Freud va a diferenciar entre dos tipos de angustia, por un lado, reconoce la **angustia realista**, diferenciándola de lo que sería la **angustia neurótica**. Al respecto de la primera se la reconoce como una angustia “racional y comprensible”, y que se da a nivel consciente. Se constituye como una “Reacción frente a la percepción de un peligro



exterior, es decir, un daño esperado, previsto; va unido al reflejo de huida” (Freud, 1917, p.358), este reflejo, se presenta como un accionar ante el reconocimiento de la amenaza que se manifiesta, se erige como posible respuesta que el individuo es capaz de dar ante dicha situación. En tal caso, la angustia que emerge se encuentra en estrecha relación con la respuesta que da el sujeto ante el factor angustiante, constituyéndose como una acción defensiva. La huida se presenta tras a la situación de peligro y no a la angustia. El sujeto se hace a un lado, escapa de la situación a fin de evitar el peligro inminente, no así la angustia la cuál emerge inevitablemente.

Además de ello, continuando en la línea anterior, el sujeto también puede permanecer, haciendo frente a la situación angustiosa con la esperanza de salir victorioso y así superarla; o bien puede mantenerse en la escena sin optar por algunas de las acciones anteriores, inmóvil, paralizado, bloqueado ante la imposibilidad de actuar. Estas posibles respuestas se relacionan directamente con lo que Freud denominó **pulsión de autoconservación**, la misma designa el conjunto de aquellas necesidades constituidas en tanto expresión de las funciones corporales, que se necesitan y resultan imprescindibles para la conservación de la vida del individuo (Lapanche & Pontalice, 1996, p333).

Resulta necesario, en este punto, exponer la diferenciación que Freud (1917) hace entre **miedo, terror y angustia**.

‘Angustia’ se refiere al estado y prescinde de objeto, mientras que ‘miedo’ dirige la atención justamente al objeto. En cambio ‘terror’ parece tener un sentido particular, a saber, pone de resalto el efecto de un peligro que no es recibido con apronte angustiado. (p. 360)

En relación a la angustia neurótica o también llamada angustia flotante, se la reconoce como inconsciente, se refiere a un estado de la persona que influye sobre su juicio, se caracteriza por la inexistencia de un peligro real para el sujeto. Freud reconoce tres tipos de angustia neurótica, en primer lugar, encontramos la “Angustia expectante” o “expectativa angustiada” (Freud, 1917, p. 362), es decir, dentro de la gama de posibilidades que tiene el sujeto, este optará por la más terrible, percibiendo los hechos y acontecimientos que se le presentan como desgracias. Este tipo de angustia se encuentra, generalmente, anudado a determinados objetos y/o situaciones, y es vivida con mayor o menor intensidad de acuerdo a las características de cada situación, así como también al factor angustiante correspondiendo, de esta manera, a la “neurosis de angustia”.

Un segundo tipo sería la angustia en las fobias, la cual se encuentra ligada en cierta medida a determinados objetos o situaciones angustiantes para el sujeto. Lo que aquí resulta llamativo es la intensidad con que dicho estado es vivenciado, resultando incluso exagerado y un tanto desmedido. El tercer tipo alude a la angustia en la histeria, aquí, a diferencia de las anteriores, “perdemos totalmente de vista el nexo entre la angustia y la amenaza de peligro” (Freud, 1917, p. 365). Dicho estado puede manifestarse de forma repentina, acompañando los síntomas histéricos, o a través de estados emotivos desde donde se manifiestan otros afectos diferentes a la angustia.

Continuando el recorrido propuesto por el autor, se presenta la interrogante acerca de cuál es la razón de ser de la angustia neurótica, en tanto se concibe la angustia como respuesta ante determinado objeto o situación que implica un riesgo para la integridad del sujeto. A través del análisis de los diversos mecanismos bajo los cuales se presenta la angustia, pueden identificarse diferentes aristas que dan pie para el abordaje de esta cuestión.

Tomando como base la separación que Freud (1894-95) realiza entre neurastenia y neurosis de angustia, esta última en su modalidad de angustia expectante, encontramos una relación con el ámbito sexual y la carga libidinal que se pone en juego. Es decir, las experiencias sexuales son vividas por el sujeto de manera frustrante, esto se debe a la insuficiencia de la descarga libidinal, la cual se esperaría que fuese de tal magnitud en correlato con el alto grado de excitación experimentado. Llamaremos a esto “excitación frustránea” (Freud, 1917, p. 366). Para el autor, esta sería la principal causa de dicha modalidad, expresada bajo el criterio de lo que él mismo define como las neurosis actuales. Bajo esta denominación podemos encontrar por ejemplo la interrupción del acto sexual o la abstinencia sexual. En este punto en particular, cabe decir que la angustia se encuentra en relación directa con las limitaciones sexuales del sujeto, la misma se presenta como consecuencia de la descarga libidinal coartada, ubicándonos además en el campo de lo sintomático. Según Freud (1917), puede manifestarse tanto de forma expectante como en forma de ataques o sus equivalentes. Podríamos referirnos en esta instancia a un primer momento de teorización. Aquí Freud “disocia el fenómeno de la angustia de lo que es la transferencia” (Novas, s.f.), por lo cual no sería posible una intervención a nivel psíquico por medio del tratamiento psicoanalítico.

Por otro lado, en la angustia histérica, encontramos su correlato inconsciente en la manifestación de mociones similares, por ejemplo, la vergüenza, la turbación, la furia o el enojo. Estas últimas, son el sello bajo la cual se manifiesta luego de que el mecanismo represivo desalojara el contenido de la representación de dicho afecto tras la

emergencia pulsional, la cual, ante la insuficiencia en su descarga bajo las mociones ya mencionadas, da lugar a cierto displacer el cual se muda indefectiblemente en angustia. Se percibe como dice Freud (1915), “un divorcio entre el afecto y su representación.” (p176). En tal sentido,

La agencia representante psíquica ha adquirido carta de ciudadanía el nombre de *monto de afecto*; corresponde a la pulsión en la medida en que esta se ha desasido de la representación y ha encontrado una expresión proporcionada a su cantidad en procesos que devienen registrables para la sensación como afectos. (Freud, 1915, p147).

En una tercera apreciación, en la neurosis obsesiva, la acción obsesiva se manifiesta bajo la forma de rituales que el sujeto repite incesantemente, estos operan a fin de encubrir la angustia, evitándola. En definitiva, la angustia, cuya aparición es inevitable, viene a ser sustituida, encubierta por la formación del síntoma.

A partir de lo anterior, queda en evidencia aquellos aspectos que llevaron a Freud a diferenciar entre las neurosis de angustia y las psiconeurosis. Marcando lo que podría considerarse como un segundo momento en su desarrollo teórico. Las primeras, reconocidas como una problemática cuyos antecedentes son desconocidos, manifestándose a partir de cierta sintomatología que remitir a la práctica sexual, y no a un evento traumático específico. Por esta razón es que son ubicadas bajo el estatuto de las neurosis actuales. Las segundas, en su manifestación de histeria de angustia y neurosis obsesiva, remiten directamente a cierto conflicto psíquico. En este punto del desarrollo freudiano “la neurosis actual ya no tiene sentido porque la neurosis de angustia y las fobias, al igual que la histeria, son psiconeurosis de defensa.” (Novas, s.f.)

A fin de cuentas, el mecanismo represivo juega un papel fundamental en el procesamiento de la angustia, “o bien un desarrollo de angustia pura, o bien una angustia con formación de síntoma, o bien una formación de síntoma más completa, sin angustia” (Freud, 1917, p. 368). En este proceso, queda evidenciado el surgimiento de la angustia como consecuencia ante desvío normal en el desenlace libidinal. Queda demostrado, entonces, la íntima relación entre dicha angustia y la formación de síntoma como una expresión simbolizada de la misma, dando lugar a una nueva edición reactualizada de la conflictiva psíquica.

Es a partir de lo desarrollado hasta el momento es que Freud expone su primera teoría en relación a la angustia, postulando que la misma se produce a partir de la represión.

Es por este mecanismo que la representación pulsional es desalojada, separada de la pulsión que viene a representar, generando displacer por un lado, y por otro, ciertas formaciones sustitutivas de la misma que habilitarán dicha descarga de energía pulsional, aunque de manera parcial, dando lugar al devenir de la angustia.

## **2ª Teoría de la angustia:**

### ***Angustia señal.***

Más adelante en su obra, las cuestiones presentadas hasta el momento en relación a la primera teoría son revisadas y reformuladas, dando lugar a una segunda teoría. Dichas concepciones se condensan principalmente en la Conferencia 32 dictada en 1932 bajo el título de “Angustia y vida pulsional”, aunque ya venían siendo trabajadas en relación a la experiencia clínica. En la misma podemos encontrar una inversión de los términos de la díada represión / angustia, se expone la angustia como causa de la represión y no a la inversa. Cabe remarcar que, si bien el trabajo de 1932 concentra muchas de las teorizaciones propuestas por el autor, las mismas ya venían siendo trabajadas con anterioridad a dicha conferencia, es así que gran parte del estudio en relación a la angustia también es expuesto en su texto de 1926: “inhibición síntoma y angustia”, trabajo fundamental en lo que al tema refiere.

En palabras del propio Freud, “La angustia crea la represión y no a la inversa como pensábamos... una situación pulsional temida se remonta, en el fondo, a una situación de peligro exterior” (Freud, 1932, p.82). Esto provoca una respuesta en el yo, el cual tiende inevitablemente a la autoconservación tras la amenaza que se presenta, dando lugar a una serie de señales cuyo objetivo es provocar la represión ante el displacer vivido por el sujeto. En este sentido, la angustia se hace presente como señal, advirtiendo de una situación de peligro, provocando así la activación de dicho mecanismo represivo. “Lo temido, el asunto de la angustia, es en cada caso la emergencia de un factor traumático que no puede ser tramitado según la norma del principio de placer.” (Freud, 1932, p.87). Dicho factor traumático, puede provenir tanto del exterior como del interior del sujeto, lo cual, inevitablemente, nos lleva a considerar un doble carácter de la angustia, “En un caso como consecuencia directa de un factor traumático y en el otro como señal de que amenaza la repetición de un factor así” (Freud, 1932, p.88). Se pone de manifiesto aquí la presencia del yo como elemento fundante de la angustia. Es este, precisamente, quien dispara el mecanismo represivo. Esto resulta fundamental en el viraje que realiza Freud en relación a la angustia y como se presenta en el sujeto.

Ahora bien, para entender mejor este cambio de dirección, resulta necesario seguir ahondando en la relación angustia-represión, a fin de exponer de qué manera el yo cumple dicha función y cuál es el fin de la misma.

El Yo nota que la satisfacción de una exigencia pulsional emergente convocaría una de las bien recordadas situaciones de peligro. Por tanto, esa investidura pulsional debe ser sofocada de algún modo, cancelada, vuelta impotente. Sabemos que el yo desempeña esa tarea cuando es fuerte, e incluye su organización la respectiva moción pulsional. (Freud, 1932, p82).

De acuerdo a la cita anterior, se presenta el yo como captador de peligro, es decir, es este quien identifica, tras la representación de la pulsión que se manifiesta, en busca de su correspondiente descarga, el riesgo que significaría para el sujeto dicha descarga si se llevara a cabo de forma normal. Entonces, en tanto se anticipa a la satisfacción de la moción pulsional que resulta dudosa, reconoce también la necesidad de sofocar dicha investidura, evitando así el alto grado de displacer que significaría, dando paso de esta manera al mecanismo represivo. En contrapartida, propone una conrainvestidura que “se conjuga con la energía de la moción reprimida para la formación de síntoma o es acogida en el interior del yo como formación reactiva” (Freud, 1932, p84). En definitiva, en la medida en que la angustia se manifieste como una mera señal de displacer, mayor aun será la respuesta del yo en el desarrollo de mecanismos de defensa equivalentes a lo que ha sido reprimido. El fin de dicho movimiento, es aproximarse a la descarga normal de la energía pulsional, aunque sin alcanzarla totalmente.

Entonces, ¿de qué manera el yo logra identificar cierta situación de peligro y catalogarla como tal? ¿De qué forma se logra identificar lo amenazante en dicha situación? En esta línea, la angustia señal se presenta como un mecanismo bajo el cual dichas situaciones pueden identificarse. Las mismas adquieren el estatus de situaciones de peligro en la medida en que el yo se remite a aquellas primeras situaciones traumáticas, eventos particulares que han dejado su huella a nivel inconsciente en el sujeto. Estas huellas sirven como modelo para identificar el peligro y por tanto el displacer que conllevaría la descarga en relación a determinada situación actual.

En relación a lo anterior, podríamos afirmar que la angustia neurótica adquiere, en este punto, el carácter de angustia realista. Dicho cambio se fundamenta en que lo amenazante, si bien se encuentra ligado a elementos pulsionales internos, proviene del

exterior como una certeza, la cual da cuenta de las vivencias traumáticas atravesadas por el sujeto.

### **Angustia de castración y formación del síntoma.**

Según lo desarrollado hasta el momento, se entiende que la angustia deviene como consecuencia directa, y en respuesta, a cierta vivencia de peligro atravesada por el sujeto. Esta volverá a presentarse en la medida que un peligro de similares características aparezca, desencadenando así diversos mecanismos a fin de evitarla.

Teniendo en cuenta lo anterior, ¿De qué mecanismos estamos hablando? Se trata, precisamente, de las diferentes formaciones sintomáticas, las cuales se presentan como una forma de eludir el desarrollo de la angustia, a fin de evitar el displacer que conllevaría su desenlace. “el síntoma es indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada, es un resultado del proceso represivo. [...] Mediante la represión, el yo consigue coartar el devenir consciente de la representación que era la portadora de la moción desagradable” (Freud, 1926, p 87). “El yo quita la investidura (preconsciente) de la agencia representante de la pulsión que es preciso reprimir {desalojar}, y la emplea para el desprendimiento de displacer (angustia).” (Freud, 1926, p 88)

Como ya mencionamos, la angustia no se presenta cada vez como algo nuevo, sino que, se manifiesta siguiendo cierta imagen mnémica preexistente; lo cual nos lleva a preguntarnos, indefectiblemente, por el origen de la angustia, ¿de qué imagen estamos hablando? Si ya está presente de antemano, ¿en qué punto de la historia del sujeto se ubica?

En un primer intento de esclarecer estas cuestiones, podría reconocerse el acto del nacimiento como la primera experiencia traumática y por tanto como la primera vivencia individual de angustia. El proceso del nacimiento se configura como la primera situación de peligro a la que se enfrenta el individuo, siendo el primer modelo que fundamenta la angustia en relación a la perturbación vivenciada, siendo el yo quien registra dicho episodio. Basándose en lo propuesto por Otto Rank (1923) en relación al trauma del nacimiento, “En el caso de los seres humanos, el nacimiento nos ofrece una vivencia arquetípica de tal índole, y por eso nos inclinamos a ver en el estado de angustia una reproducción del estado del nacimiento” (Freud, 1926, p126). Si bien esto sirve de punto de partida para el análisis de la angustia, dicha hipótesis resulta insuficiente ya que sería erróneo pensar que cada vez que emerge la angustia, la misma responde a una réplica de la situación del nacimiento. “En el acto del nacimiento amenaza un peligro objetivo para la conservación de la vida. Sabemos lo que ello significa en realidad, pero

psicológicamente no nos dice nada. El peligro del nacimiento carece aún de todo contenido psíquico.” (Freud, 1926, p128)

A partir de la observación y el análisis, sobre todo de los síntomas en las fobias Freud logra identificar la castración como elemento fundante de la angustia, en tanto la misma se presenta como un peligro para el individuo.

En tanto al vínculo con la angustia:

Tan pronto como discierne el peligro de castración, el yo da la señal de angustia e inhibe el proceso de investidura amenazador en el ello; lo hace de una manera que todavía no entendemos, por medio de la instancia de displacer. Al mismo tiempo se consuma la formación de la fobia. La angustia de castración recibe otro objeto y una expresión desfigurada {dislocada}: ser mordido por el caballo (ser devorado por el lobo), en vez de ser castrado por el padre. (Freud, 1926, p119).

En suma, la exigencia pulsional, orientada hacia su descarga normal, se constituye como peligro en sí misma en la medida en que refiere a determinado peligro exterior, siendo este, la castración. Es a partir de esta que se emite la señal para la activación del mecanismo represivo, habilitando el devenir consciente de la angustia, pero solo a través de una desfiguración que viene a ocupar el lugar de la representación desalojada.

En relación a esto y siguiendo las líneas del desarrollo:

El peligro del desvalimiento psíquico se adecua al período de inmadurez del yo, así como el peligro de la pérdida de objeto a la falta de autonomía de los primeros años de la niñez, el peligro de castración a la fase fálica, y la angustia frente al superyó al período de latencia. (Freud, 1926, p134)

Partiendo de la cita anterior puede argumentarse que “en el caso de los niños la angustia va a hacer su aparición cuando el objeto deseado no está, es decir cuando la madre, [...], no aparece, y ahí se daría el desarrollo de la angustia.” (Novas, s.f.)

A lo largo del desarrollo del ciclo vital del niño, este irá adquiriendo mayor independencia, surgirán nuevas necesidades, las cuales no son indiferentes en tanto aquello que resulta peligroso o amenazante, volviéndose más indeterminado. De esta manera, “la angustia de castración se desarrolla como angustia de la consciencia moral, como angustia social.” (Freud, 1926, p132), en definitiva, angustia frente al superyó.

Tomando como punto de partida los estudios realizados por Freud (1926) en relación a las fobias, las mismas se establecen luego de ciertas circunstancias vivenciadas que dieron lugar a un primer ataque de angustia. “Así se proscribire la angustia, pero reaparece toda vez que no se pueda observar una condición protectora.” [...] “El motor de toda la posterior formación del síntoma es aquí, evidentemente la angustia del yo frente al superyó.” (p121). Es precisamente ante este ataque hostil del superyó, que el yo se ve obligado a sustraerse de la escena a fin de asegurar su autoconservación.

La angustia se presenta entonces ante la amenaza de castración, a partir de la cual se da paso a las diversas formaciones sintomáticas a fin de exteriorizar la amenaza pulsional interna en relación a la misma.



## ANGUSTIA EN LACAN

El abordaje de la angustia continúa siendo objeto de análisis y estudio incluso hasta los tiempos actuales donde adquiere nuevas formas, nuevos registros que implican a su vez nuevos desafíos para su estudio. En lo que refiere a su abordaje desde la enseñanza lacaniana, la misma adquiere un lugar privilegiado en tanto es considerada como el afecto que más interesa a la práctica analítica, motivo por el cual resulta necesario abordar diferentes puntos claves que hacen a su conceptualización.

### **Angustia como afecto primordial.**

En relación a la angustia como afecto primordial podemos aludir a lo expuesto por Jaques Lacan, quien dedica todo un seminario a tratar el tema, hablamos aquí del Seminario X titulado precisamente "*La Angustia*" (1962-63). Lacan abordará la noción de angustia aludiendo a la misma como un afecto de vital importancia en lo que refiere a la práctica analítica, otorgándole así un lugar fundamental para el psicoanálisis.

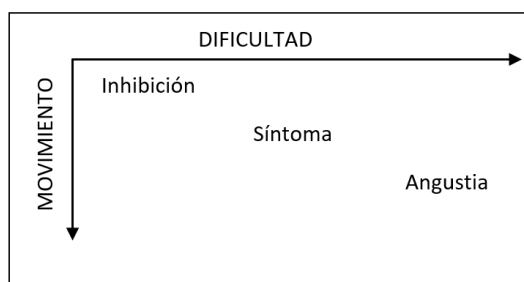
Ahora bien, ¿desde donde se posiciona Lacan para otorgarle dicho estatus de afecto primordial? Partiremos de la premisa de que existe un fin, una razón de ser de la angustia. En esta línea es que su abordaje remite a la idea de la angustia como señal planteada en el capítulo anterior, otorgándole un carácter esencial, y que la pone en juego con otros registros. Es precisamente a partir de esa articulación que la angustia adquiere el estatus de afecto primordial.

Resulta práctico seguir la línea de pensamiento propuesta por el autor, el cual, en un primer momento, se detiene en lo expuesto por Freud (1926) en "*Inhibición, síntoma y angustia*". A partir de aquí Lacan analizará las relaciones entre estos tres conceptos, y en relación al sujeto del análisis. Partiremos de la base de que, si bien estas nociones se encuentran en estrecha relación, son conceptos que no están en el mismo plano de la experiencia.

En lo que a la inhibición se refiere, la misma se manifiesta como posible respuesta ante determinada situación traumática para el sujeto, ubicándose en un paso previo a la manifestación del síntoma. Este último aparece en tanto pregunta que no puede ser respondida, emergiendo como algo del orden de la novedad ante la presencia de determinado conflicto psíquico inconsciente. "Podría alegarse que con la inhibición se resta, disminuye o sustrae una función, mientras que con el síntoma se genera algo novedoso" (Harari, 2007, p23).

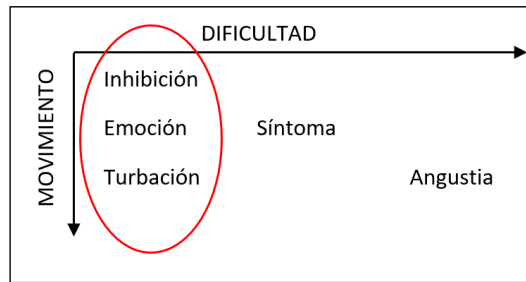
Complejizando aún más lo planteado, encontramos la angustia en un tercer nivel. El sujeto se encuentra atravesado, afectado por diversas circunstancias que lo ponen en jaque constantemente en relación a algo del orden de lo desconocido, de lo no sabido. Se trata, precisamente, de ese significante que falta, y que por el hecho mismo de faltar afecta al sujeto, reconociéndose como proveniente de un lugar externo, del Otro. A fin de cuentas, la angustia se hace presente en la medida en la que existe un sujeto que la padece.

La disposición de estos conceptos en tal orden no es azarosa, sino que responde a la posibilidad de **movimiento** y el grado de **dificultad** que conllevan. Bajo estas dos categorías se rigen las diferentes jugadas que el sujeto puede realizar en relación a su propio sufrimiento. Podríamos hablar así a un primer esbozo de lo que sería una matriz de relaciones conceptuales.

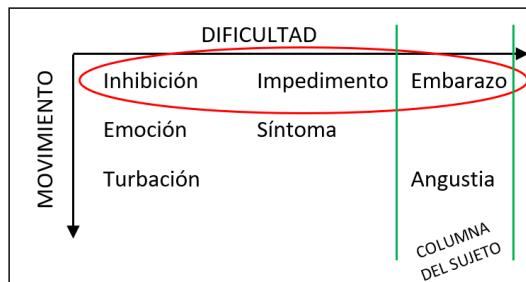


Mediante este primer bosquejo, Lacan nos propone cierta articulación conceptual, la cual se da paulatinamente de mayor a menor, teniendo en cuenta el sentido direccional propuesto por los vectores de movimiento y dificultad. Este marco de relaciones establecidas de tal manera particular responde a cierto desplazamiento, cuyo fin es “procurar dar cuenta de los acaeceres ‘afectivos’ con que el sujeto puede toparse en su aproximación al deseo” (Harari, 2007, p27).

Teniendo en cuenta la inhibición como punto de partida de esta articulación, y siguiendo la línea marcada por el vector movimiento, Lacan ubicará dos términos, primero la **emoción** y seguido la **turbación**, precisamente en este orden de desplazamiento. De esta forma, la emoción quedaría ligada por relación de contigüidad con el síntoma, “el sujeto emocionado pierde una suerte de dominio racional de la situación, en tanto está ‘tomado’ por la emoción. Podríamos decir que se encuentra en un estado cercano al síntoma, entendido este por el sesgo del descontrol y la ineficacia volitiva” (Harari, 2007, p28). Avanzando un paso más en esta dirección, se presenta la turbación, entendiendo la misma como “el trastorno, el trastornarse en cuanto tal, el trastornarse más profundo en la dimensión del movimiento.” (Lacan, 1962, p23)



En lo que se refiere al eje de la dificultad, Lacan ubicará el **impedimento** y el **embarazo** respectivamente. Reconoceremos, en este sentido, el impedimento como aquel elemento que limita la acción del sujeto, ubicándose en un grado mayor de dificultad que la inhibición, pero no tanto como el embarazo, el cual se posiciona como un componente de mayor dificultad aún, un obstáculo de magnitud considerable respecto de las líneas anteriores. Se trata precisamente de una situación embarazosa para el sujeto, el cual se encuentra obturado ante la posibilidad de acción. En relación a esto, “dado que el término correspondiente en francés es ‘embarras’, puntúa allí la barra (barre), la misma que reconocemos, como experiencia, en la condición del sujeto barrado (\$)”. (Harari, 2007, p29)



En cualquiera de las direcciones en las que se pretenda abordar la relación conceptual planteada, ya sea desde la turbación como desde el embarazo, en ambos casos se alude al padecimiento del sujeto, el cual es cada vez mayor, acercándolo a la angustia.

**Angustia y objeto a:**

***La angustia no es sin objeto. Angustia como fenómeno de borde.***

Pensar la angustia desde una perspectiva lacaniana, implica ahondar aún más profundo en las relaciones conceptuales que se establecen en base a la misma. En tanto afecto primordial, ¿a qué remite? ¿desde qué lugar se posiciona Lacan para definirla con tal estatus? Con relación a esto, en su décimo seminario, “La angustia” (1962-63), es que Lacan propone su conocido aforismo “la angustia no es sin objeto”, el cual le otorga una rubrica particular a su estudio, en la medida que remite a cierto elemento particular bajo

el cual se manifiesta y se estructura la misma. Esto, a la vez, se contrapone a lo planteado por Freud en relación al objeto de la angustia.

La angustia pasa a ser algo distinto que una relación del sujeto ante algo que falta, que no está presente ante sí. Esto corresponde, sin lugar a dudas, a los dichos comunes de los analizantes: 'no sé por qué me angustio, si no hay nada que lo provoque.' (Harari, 2007, p41)

Ya desde estas primeras apreciaciones, se pone de manifiesto uno de los principales puntos de divergencia respecto de los planteamientos freudianos. Decíamos en el capítulo anterior que la angustia se presenta como señal ante un peligro el cual remite a una pérdida, la del objeto, la de la madre. Para ser más específicos, partiremos del lugar central de la castración, a partir de la cual la angustia adquiere su carácter fundamental. Desde la perspectiva freudiana, se ponen de manifiesto aquí dos cuestiones a tener en cuenta: por un lado, la angustia de castración que se presenta bajo una forma de angustia de separación respecto de la madre; y por otro lado, en la medida en que tal vínculo resulta fundante del deseo en el sujeto este "no teme nada tanto como una amenaza que implica la liquidación de toda posibilidad de esta unión de la que su deseo está suspendido" (Safouan, 2015, p220). En definitiva, queda al descubierto cierto carácter dual de la angustia, la cual se presentaría ante el peligro de separación, o bien ante la unión que terminaría indefectiblemente en una separación segura. "El deseo toma, entonces, una forma ambigua: la de un lazo hecho de la separación misma, o de una separación hecha lazo." (Safouan, 2015, p220). Desde la perspectiva lacaniana, diremos que la angustia de castración no refiere al peligro por la pérdida, sino a la pérdida de esta pérdida. En base a esto es que más adelante desarrollaremos la función de la falta desde la teoría lacaniana, aludiendo a la *falta de falta*.

A fin de comprender mejor lo anterior, resulta necesario precisar cierto elemento particular presente en la estructura del aforismo antes mencionado. Es este, precisamente, bajo el cual adquiere su carácter específico. Se trata de su proposición basada en ese "no..sin", refiriéndose al objeto en cuestión que resulta condición necesaria de la angustia, pero que a la vez se organiza con cierto registro característico. Este "no..sin" estructura el aforismo de tal manera que permite evidenciar lo impreciso y enigmático de dicho objeto. Este objeto al que nos referimos no es otra cosa que el denominado por Lacan como *objeto a*, constituyéndose como elemento conceptual de gran importancia, a partir del cual son posibles muchas de las articulaciones teórico/clínicas que son desarrolladas a lo largo de su enseñanza.

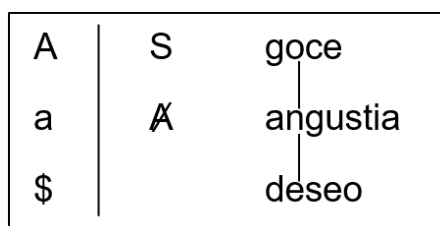
Nos encontramos en un punto clave. Se trata del proceso constitutivo del sujeto, “cuestión que atañe directamente a la angustia, en tanto esta se localizará en los intersticios, en las rajaduras que este proceso no puede dejar de provocar.” (Harari, 2007, p52). Este proceso resulta de vital importancia ya que nos remite, precisamente, a la constitución del individuo como sujeto en el campo del Otro (A), proceso que tiene lugar por obra del Significante, el cual adquiere una primacía fundamental en la enseñanza lacaniana. “El Otro es el tesoro del significante, [...] es lo inconsciente, y agregamos, las leyes del inconsciente son las leyes del significante o sea su articulación.” (D’Angelo, Carbajal y Marchilli, 2014, p40). En esta línea, el Otro se constituye como prerrequisito para la creación del sujeto (\$), provocando el devenir de este en el campo de lo simbólico. En este proceso, hay algo que queda en el plano de lo real como resto de dicha operación, “que permanece caído en el lado del Otro, como ‘residuo’” (Harari, 2007, p53), y que a la vez es “prueba y única garantía de la alteridad del Otro” (Lacan, 1962-63, p36), dicho resto no es otra cosa que el objeto *a*.

A partir de lo expuesto, resulta necesario definir este lugar fundamental donde se constituye el significante en relación al devenir simbólico del sujeto. El significante no puede operar por sí solo, sino que a la vez depende de otros significantes que cumplen la misma regla. En suma, el significante no puede definirse sino es en relación a otros significantes. Se produce así una cadena significativa a partir de la cual sobreviene el sujeto como captura de la misma (S<sub>1</sub>, S<sub>2</sub>, S<sub>3</sub>, \$).

Ahora bien, existe algo que antecede a este primer significante, y se diferencia del mismo en la medida que implica un borramiento, un trazo particular que lo habilita, hablamos aquí del rasgo unario. “Mediante el trazo unario, el sujeto puede incorporarse como Uno en lo Real. Y lo hace por aquello que lo preexiste; el significante.” (Harari, 2007, p50). Esta apreciación resulta indispensable, en lo que se refiere a la constitución del sujeto, ya que nos remite al campo del Otro, es decir, el sujeto como barrado (\$) se produce a partir de un trazo que viene del Otro. Tal movimiento implica que este también se muestre como barrado (*A*), y por lo tanto deseante. En esta línea, ‘*a*’, en tanto resto de la constitución del sujeto, es lo que lo diferencia del Otro.

Siguiendo con el desarrollo planteado, ¿qué lugar ocupa la angustia en la teoría lacaniana? En esta línea, identificaremos la angustia como fenómeno de borde. Una vez más las concepciones freudianas se hacen presente. En este punto, la idea de borde se justifica en afirmaciones del propio Freud (1923-25, p 27), quien reconoce al yo no solo como una “superficie” sino como “la proyección de una superficie”, una proyección psíquica de la superficie corporal.

Lacan dirá que “La angustia es, pues, término intermedio entre el goce y el deseo, en la medida en que una vez franqueada la angustia, fundado en el tiempo de la angustia, como el deseo se constituye.” (1962-63, p 190). Para comprender esto que el autor nos propone, es necesario remitirnos a S, entendido como “protosujeto” o “sujeto mítico del goce” (Harari, 2007, p93), el cual se encuentra sometido al Otro como objeto del goce, dando lugar a un resto irreductible, el *objeto a*. Así, este protosujeto se encuentra designando el momento inicial que da paso al fenómeno de la angustia como elemento previo que habilita al deseo, el cual se constituye como condición necesaria para el devenir de \$.



Toda función central de a, afirma Lacan, se refiere a esta hiancia central que separa en el nivel sexual el deseo del lugar del goce, que nos condena a esta necesidad de que el goce no esté por naturaleza prometido al deseo, que, para encontrarlo, el deseo no deba solamente comprender sino atravesar el fantasma mismo que lo sostiene y lo construye. (Safouan, 2015, p237)

En este punto, deseo y goce aparecen como dos fenómenos muy cercanos. Es en el punto intermedio entre ambos donde se ubica la angustia. La misma auspicia de alerta, manifestándose cuando la división entre deseo y goce se vuelve borrosa, división que se creía suficientemente diferenciada en la vida psíquica. “el sujeto debe fracasar, necesariamente, para que de esa manera su deseo no sea sofocado” (Harari, 2007, p93).

En base a lo expuesto hasta ahora, es que se articula la angustia en relación a la falta que determina tanto a A como \$, es decir “en un primer lugar, la angustia implica la aparición del objeto a precisamente allí donde no se esperaba encontrar nada: es donde falta la falta.” (Harari, 2007, p124).

**La función de la falta:**

**Complejo de castración.**

Decíamos que la angustia se hace presente cuando *falta la falta*. Pero: ¿A qué nos referimos con este nuevo aforismo? ¿Qué implica esta falta? Resulta interesante para

entender dicha proposición remitirnos nuevamente al texto freudiano de 1926 “*inhibición, síntoma y angustia*”. Allí, Freud nos propone pensar la angustia como respuesta ante la pérdida de un objeto. Este objeto podrá ser encarnado, entre tantos otros, por la madre, dando lugar a lo que reconoce como angustia ante la separación de la misma. En base a lo anterior, siguiendo a Lacan (s.f.), Moustapha Safouan (2015) nos dice que:

Lo que engendra la angustia no es la nostalgia del seno materno sino su inminencia. Lo que provoca la angustia, dice, no es la alternancia presencia-ausencia, y la prueba es que el niño le gusta reproducir esta alternancia; esta posibilidad de la ausencia es la seguridad de la presencia. (p224)

Lo que angustia al niño no es la falta de su madre, sino justamente, su constante presencia, su vigilancia incesante. En relación a la cita expuesta, lo angustiante se da cuando la falta se encuentra sofocada, cuando lo que falta es la falta. En este sentido, diremos que “el sujeto se instituye por la falta que lo hace desear, la angustia no es la señal de una falta sino la señal de la carencia del apoyo de la falta.” (D’Angelo, et al, 2014, p149).

Pensar la falta con relación a la angustia, implica necesariamente una articulación con otro concepto también abordado, la castración. En un primer momento, podríamos aludir a la castración como fenómeno a ser evitado, visión que nos resultaría escasa e ineficiente para nuestro desarrollo. Dando un paso más, diremos que la “castración es normalizante, y que será el complejo correspondiente – y su angustia correspondiente – lo que permitiría ‘superar’ – disolver – el Edipo.” (Harari, 2007, p60). Desde esta perspectiva, superar el Edipo implicaría una retirada de la libido puesta en juego durante el desarrollo de este, así como también una modificación en las relaciones que tienen lugar en el mismo, las cuales ya no son exclusivamente de la “instancia parental”. En relación a esta primera modalidad de la falta, la castración tiene un efecto normalizador sobre el sujeto, habilitando su pasaje desde la instancia parental hacia la que podríamos denominar como instancia cultural. En estas circunstancias, la castración se presenta como un *movimiento omnipresente*. A partir de este primer momento podemos aludir a la notación lacaniana  $-\phi$ , en tanto castración simbólica.

En segunda instancia, podemos pensar la falta de falta en relación a la formula lacaniana del fantasma ( $\$ \diamond a$ ). La misma alude a un sujeto barrado ( $\$$ ) y todas sus relaciones posibles con  $a$ , el objeto causa de su deseo. Esta relación se ve marcada por el punzón

cuya presencia determina la distancia óptima entre ambos. Es precisamente cuando esta distancia se ve desdibujada que se produce la angustia. Cabe destacar aquí que “el fantasma posee una función en el psiquismo a la que se puede denominar como de tapón. De algún modo, protege al sujeto del encuentro con el registro de lo Real.” (Harari, 2007, p61). Diremos que se trata de una falta enmascarada en la medida en que el objeto *a*, objeto que se pretende alcanzar, auspicia de tapón, obturando el lugar donde algo falta, provocando así cierta homeostasis necesaria en el sujeto. En definitiva, es la falta a raíz de la cual el fantasma se mantiene como defensa frente a lo real. Se pone de manifiesto aquí otra modalidad bajo la cual puede presentarse el objeto *a*.

Por último, en tercer lugar, y quizá el que más se relaciona con la angustia, refiere a un sentimiento de extrañeza, “lo siniestro: das Unheimliche” (Harari, 2007, p62), según la expresión freudiana. Se trata de una situación puntual, de poca duración, que irrumpe como novedosa, manifestándose cuando debía permanecer oculta, dejando al sujeto paralizado. He aquí la angustia.

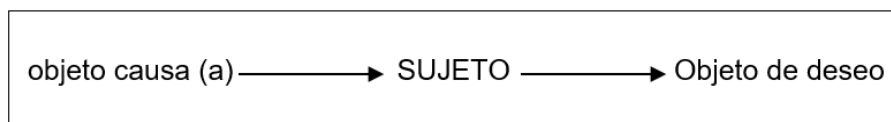
Bajo la denominación Un-heimliche, Freud (1919) expone la forma en la que algo que era “familiar” para el sujeto se ve transformado en “no-familiar” resultando así extraño y por lo tanto amenazador.

La alusión a la familia incluida en el término “heimliche” no es para nada casual. Se está hablando también de ella, de ese núcleo acogedor, cálido, dónde quien se puede sentir cómodo, amparado. Sin embargo, la familia es también el lugar de gestación de una de las más ingratas dentro de las experiencias de un sujeto en el plano de los llamados afectos (o efecto de estructura). Este es, remarca Freud, el caso de lo *siniestro en lo angustiante*. (Harari, 2007, p63).

En esta línea, esta tercera forma de la falta da cuenta de cierto punto en el que tanto las concepciones freudianas como lacanianas convergen. Entendiendo lo ominoso como aquello que es provocado por el retorno de lo reprimido. Lo ominoso de la castración resulta a partir de que “el significante de la falta parece él mismo faltar, como si  $-\phi$ , [...] más allá de la imagen de la que estamos hechos y que representa la ausencia en que estamos, se revelara finalmente porque es: una presencia en otra parte.” (Safouan, 2015, p223). Es, justamente, tras el devenir de lo *unheimlich* en la escena de la cual el sujeto se encuentra formando parte, que la angustia aparece como fenómeno que lo afecta directamente.



Articulando las tres formas de la falta expuestas, podríamos afirmar que la castración adquiere vigor cuando a falta. En este punto *a*, en tanto resto de la división significativa del sujeto, adquiere su carácter de objeto causa de deseo, posicionándose como anterior al mismo, dejando por delante del sujeto un lugar que viene a ser ocupado por otra cosa que adquiere el estatuto de objeto de deseo.



El resultado de esta dinámica es, justamente, preservar la falta y por ende evitar la angustia. Se pone de manifiesto aquí la importancia de la castración en tanto manifestación de dicha falta, la cual se torna fundamental para el resguardo del deseo, asegurando su presencia en lo que refiere a la constitución del sujeto como deseante.

En este punto de nuestro desarrollo, “la castración marca un límite”. Ahora bien, ¿Un límite respecto de qué? La castración desde su notación  $-\varphi$ , implica básicamente la negativización (-) del falo ( $\varphi$ ) en tanto significante deslizante. En tal sentido, alude a la “castración imaginaria inducida por la metáfora paterna”. (Safouan, 2015, p220). Desde este punto es que Lacan (1957-58) entiende la castración como la falta central del deseo.

Hablar de castración desde esta perspectiva, implica una remisión directa al desarrollo del complejo de Edipo, entendiendo el mismo como un proceso y una secuencia de tiempos lógicos que tiene un efecto estructurante para el sujeto. Aquí, la función paterna se alza como pilar fundamental del mismo, de ahí su denominación lacaniana bajo el estatuto de “metáfora paterna”. “Propiamente, es en lo que se ha constituido de una simbolización primordial entre el niño y la madre, poner al padre, en cuanto símbolo significativo, en el lugar de la madre.” (Lacan, 1957-58, p186). De acuerdo con esto, el padre se instituye como agente de la castración en tanto simbólica, actuando directamente sobre el falo, el cual se posiciona como representante simbólico de la falta, en su carácter de significante. En relación a esto, el autor estructura el entramado edípico en tres grandes tiempos sucesivos, en los cuales se llevan a cabo diferentes procesos que intervienen directamente sobre la tríada madre-niño-padre.

En un primer momento, tiene lugar la identificación del niño con aquello que según él cree, es el objeto de deseo de su madre, el falo, en su primera y más primitiva consideración. Aquí, el niño se ubica en un lugar equivalente al falo imaginario, homologándose al deseo de la madre, quien ocupa para éste el lugar de gran Otro. El

deseo del niño queda alineado al deseo del Otro. La metáfora paterna se manifiesta, aunque de forma implícita, operando sobre la madre, quien se encuentra en función de un elemento tercero, de algo que ni ella ni el niño tienen y que sí tiene el padre. Este, a su vez, queda ubicado bajo el registro simbólico, pudiendo ser reconocido o no por esta madre. Gracias a que dicha metáfora está presente desde este momento, “se dibuja el marco de lo no sabido del más allá de la demanda o bien de la angustia. Es que, de otro modo, la madre aparecería como una omnipresencia no marcada por una falta.” (Safouan, 2015, p226). Es en consecuencia de este proceso que dicha madre puede ocupar el lugar de gran Otro para ese hijo.

La relevancia que adquiere esta situación radica en que, si bien la presencia del padre aún no se hizo efectiva, aparece el falo como su representante, ubicándose como término medio entre el niño y su madre. Desde este primer momento, queda instaurada la preponderancia del falo como prueba de este más allá, como elemento que ninguno de los dos poseen. Esto da cuenta de que tanto en niño como la madre se encuentran marcados por la falta, la cual se presenta como mediadora entre ambos, al mismo tiempo que da paso a la triada imaginaria madre-falo-niño, presente en este primer tiempo del Edipo. A su vez, el niño se encuentra sujeto a la ley materna, arbitraria e incontrolada. La misma según Lacan:

Reside simplemente, al menos para el sujeto, en el hecho de que algo de su deseo es completamente dependiente de otra cosa que, sin duda, se articula ya en cuanto tal, que pertenece ciertamente al orden de la ley, pero esta ley está toda entera en el sujeto que la soporta, a saber, en el buen o en el mal querer de la madre, la buena o mala madre. (1957-58, p194)

En el segundo tiempo, tiene lugar la aparición del padre en un registro imaginario a través de la ley paterna. Este se manifiesta como privador de la madre y por tanto de su discurso.

“No se trata de las relaciones parentales entre el padre y la madre, [...], sino de la madre con la palabra del padre, [...]. Lo esencial es que la madre fundamenta al padre como mediador de lo que está más allá de su ley, la de ella y de su capricho, a saber, pura y simplemente, la ley propiamente dicha. Se trata, pues, del padre en cuanto Nombre del Padre, estrechamente vinculado con la enunciación de la ley [...] como

aquel que priva o no priva a la madre de su objeto de deseo.” (Lacan, 1957-58, p196-7)

En este momento, la figura paterna queda establecida como una presencia privadora y por tanto como soporte de dicha ley. Podríamos afirmar aquí, que la castración opera sobre el falo en tanto objeto imaginario otorgándole su carácter de significante, aludiendo a aquello que el sujeto debe renunciar inevitablemente. De esta forma, el niño es corrido, abandonando la posición que ocupaba con relación al deseo de la madre, lugar en la que ambos se veían satisfechos. Esto resulta crucial ya que habilita la transformación, en el tiempo siguiente, del *ser* al *tener*, es decir, de *ser el falo* a *tener el falo*.

Por último, el tercer tiempo, es del que depende la salida del complejo de Edipo. Es, precisamente, el tiempo en donde se produce la identificación del niño con su padre, en tanto portador del falo. Es el padre quien lo tiene y debe demostrarlo, dar pruebas de que puede otorgarlo y no solo privarlo. Este movimiento del ser al tener genera un doble efecto en el padre, lo habilita a desear y ser deseado. Es en este último tiempo donde se produce el declive del complejo de Edipo en tanto que el niño se identifica con el padre, ubicándolo así en el lugar del ideal del yo. Esto alude a la introducción del Nombre del Padre como significante en el sujeto, entendiendo que se produce una sustitución del deseo materno por dicho significante. En suma, este tercer tiempo se desarrolla en un registro simbólico en la medida en que el falo pasa a dicho registro por obra de la metáfora paterna. En consecuencia, a partir del devenir del Nombre del Padre, cae la posición del niño en tanto objeto de deseo para erigirse como sujeto (\$).

## ENCUENTRO ANALÍTICO Y POSIBLES DESENLACES.

Llegados hasta este punto del presente trabajo, resulta interesante poder realizar un viraje a fin de abordar cuáles son las posibles respuestas que se le presentan al sujeto en el camino hacia la realización de su deseo, cómo se relaciona esto con la angustia y de qué manera se manifiestan en el encuentro analítico. Para ello, realizaremos un recorte con el objetivo de abordar las nociones de *acting out* y pasaje al acto, como dos de los movimientos posibles que pueden tener lugar en el desenlace de dicho encuentro. Nos remitiremos al cuadro planteado anteriormente, donde son estas nociones, precisamente, las que completan dicha matriz conceptual.

### **Acting out / Pasaje al acto y su relación con la angustia.**

#### **(Caso Dora)**

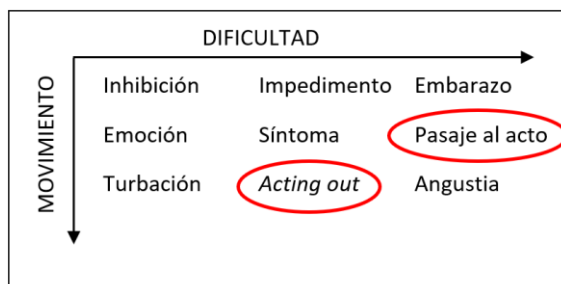
Partiremos en este punto desde la angustia como correlato directo de la certeza, en lo que refiere a la dualidad certeza/engaño en su relación con el significante. Es decir, mientras que el significante engaña, pudiendo mostrar algo falso como verdadero o a la inversa, la angustia brinda certeza, “certeza que tampoco engaña pues es real, no se deja articular por el equívoco significante (Muñoz, 2009, p 121). La angustia orienta al sujeto hacia lo real, sin engaños, que no hacen otra cosa que extraviarlo respecto de su deseo. Por más significantes que se articulen, la angustia, en tanto afecto primordial, no es reductible. “No hay posibilidad, por parte del sujeto, de convertirla en un elemento deslizable, aprehensible en, y por, la cadena significante” (Harari, 2007, p47).

Abordar el *acting out* y el pasaje al acto, implica necesariamente pensarlos desde una mirada enfocada en la acción. En relación a esto, “La duda sólo está hecha para evitar lo que la angustia implica de horrorosa certeza, hasta tal punto que puede decirse que la acción extrae la certeza a la angustia.” (Safouan, 2015, p226). Por esto es que diremos que ambos son actuaciones dentro de lo que se configura como el campo analítico, y por tanto en relación a la transferencia, como una dimensión ineludible del mismo. Siguiendo lo expuesto por Roberto Harari (2007),

Ambos son, en cambio, expresiones de acción, por cuyo intermedio se le puede arrebatarse, a la angustia, su certeza. Cuando el sujeto se lanza a este tipo de acciones, permanece en un devenir en el cual la duda queda abolida: él está apropiándose de la certeza. (p75).

Retomando el cuadro planteado en el capítulo dos del presente trabajo, tanto el *acting out* como pasaje al acto se ubicarían como fenómenos vecinos a la angustia. El primero,

ubicándose en un nivel mayor de movimiento, y el segundo, como un grado extremo de dificultad. En ambos casos se posicionan en un escalón mayor respecto del síntoma tanto desde un vector como del otro. El incluir estos términos en dicho cuadro da cuenta de su carácter particular y su estrecha relación con la pulsión, en la medida en que aquello que no se dice, se actúa. “Si la pulsión no se adhiere a una representación ni saliera a la luz como un estado afectivo, nada podríamos saber de ella.” (Freud, 1915, p173)



En base a lo anterior, podemos afirmar que la certeza auspicia de término medio entre la angustia y estas dos dimensiones de la acción que, en tanto tienen lugar en el ámbito psicoanalítico, dan cuenta de la relación del sujeto con el Otro.

Ahora bien, ¿Qué implican las nociones de *acting out* y pasaje al acto respectivamente? ¿Qué relación guardan con la angustia? “todo lo que es *acting out* debe oponerse al pasaje al acto.” (Lacan, 1962-63, p135).

Respecto del *acting out*, Lacan (1962) dirá que es algo que se muestra en la conducta del sujeto, que posee un carácter demostrativo y que se orienta hacia el Otro. En oposición al pasaje al acto, y haciendo referencia al historial clínico de Freud (1905 [1901]), “Fragmento de análisis de un caso de histeria”.

En el caso de la homosexualidad femenina, mientras que la tentativa de suicidio es un pasaje al acto, toda la aventura con la dama de dudosa reputación elevada a la función de objeto supremo es un *acting out*. Mientras que la bofetada de Dora es un pasaje al acto, todo su comportamiento paradójico con la pareja de los K., que Freud descubre enseguida con tanta perspicacia, es un *acting out*. (p136).

En tanto elementos vecinos a la angustia, ambos se manifiestan como defensas ante la posibilidad de su emergencia, se presentan a fin de evitarla. En esta línea de tan estrecha relación con la angustia, resulta inevitable su abordaje sin explicitar el vínculo que estos guardan con el objeto *a* como correlato subjetivo de la misma, exponiendo

dos formas en las que el sujeto puede relacionarse con dicho objeto. Podríamos afirmar, entonces, que el *acting out* se configura como una forma de “tornar presente dicho objeto, de colocarlo de modo efectivo, montando una escena donde se haga su aparición.” (Harari, 2007, p76). Lo que se busca tras el montaje de dicha escena es mantener esa distancia óptima del sujeto respecto de *a*. En esta línea, el *acting out* se constituye como actuación cuyo fin es mantener y preservar dicha distancia. “El *acting out* es esencialmente la demostración, la mostración, sin duda velada, pero no velada en sí.” (Lacan, 1962-63, p138).

Resulta oportuno, en este momento de nuestro desarrollo, remitirnos a lo que refiere al encuentro analítico, a fin de exponer en qué medida el *acting out* se diferencia del síntoma, aunque, como mencionamos anteriormente, guarden estrecha relación. Al decir de Lacan (1962-63), el *acting out* es un síntoma en la medida que este último también se presenta como distinto de lo que en realidad es. Esto queda demostrado en tanto que es plausible de ser interpretado, pero sólo bajo la condición necesaria de la transferencia, es decir de la presencia del Otro. Es en la medida en que la transferencia se encuentra establecida, que el síntoma puede ser interpretado, ya que por sí solo el síntoma no supone la presencia del Otro, como si lo hace el *acting out*. He aquí su carácter determinante:

Que es mostrativo, que convoca la mirada y llama la atención – de modo indudablemente provocativo –, señalando como su objeto causa de deseo estaba afuera.

El *acting out* es un mensaje para el Otro, una sacudida a la posición del analista, para que este despierte, para que mire lo que no puede escuchar. La mostración propia de este tipo de acción es entonces inductora, desafiante, agresiva. (Harari, 2007, p78)

Queda expuesta así la diferenciación esencial entre síntoma y *acting out*. Retomando la noción de este último como mostración, “la escena a considerar es la del fantasma o fantasía inconsciente”. En la medida en que dicha escena es montada para el Otro, el *acting-out* puede ser considerado “como una transferencia, pero una transferencia salvaje, aún no regulada por la legalidad del trabajo analítico.” (Novas, 2015, p75). Es así que puede manifestarse sin la necesidad de los lineamientos del análisis, tal es el caso de la conducta de Dora en relación con el matrimonio K.

Lo que opone en este punto el *acting-out* con el pasaje al acto es que en el primero el sujeto aún se encuentra dentro de la escena y su mensaje

es dirigido al Otro. El problema es que el Otro no está ubicado con la posibilidad de recibirlo, porque no ha asumido ese lugar, o porque lo ha dejado, por esta razón no es lo mismo un *acting-out* cuando aún no comenzó un análisis que cuando este ya está establecido y es la posición del analista la que lo determina. (Novas, 2015, p77)

En oposición, en la medida en que el Otro es ubicado en el lugar de Sujeto supuesto al Saber que el síntoma puede ser interpretado. En relación a esto es que el *acting out* constituye un notable obstáculo para el análisis. En tanto actuación, implica mostrar algo al Otro de forma impetuosa e inoportuna, que da cuenta de cierta alteración, perturbación y desorganización. En este sentido, “quizá pueda entenderse que el paradigma del *acting-out* sea el duelo, por ello también esta idea sirva para rebatir la idea del fin del análisis como duelo por el analista.” (Novas, 2015, p78).

Respecto del pasaje al acto, diremos que es un movimiento mucho más drástico y definitivo, implica un retiro, un corte. En el caso Dora se ve reflejado por la bofetada que le proporciona al señor K en la escena del lago luego de que este, a modo de declaración de amor, abordara a la chica expresándole el desinterés por su esposa. O también en aquel intento de suicidio de la joven homosexual luego de encontrarse con su padre, en uno de sus tantos paseos con la *cocotte*, la cual, una vez esclarecida la situación, rompe con la joven. Es precisamente a partir de tal hecho que la joven se lanza por un parapeto, cayendo sobre las vías del ferrocarril. A partir de este suceso, cambia su relación tanto con sus padres como con la *cocotte*. Se ve reflejado en ambos ejemplos un cambio radical a nivel subjetivo que es seguido por la posterior salida de la escena. Es este cambio en la conjunción planteada, donde radica la principal contraposición del pasaje al acto respecto del *acting out*.

Se advierte de esta manera el abandono del sujeto en relación a la escena de la que, hasta ese momento, se encuentra formando parte en su rol de protagonista. “La mirada del Otro es desencadenante del pasaje al acto en tanto pone en juego la ley que la rechaza de la escena, que la impulsa a dejarse caer identificada con el objeto «a»”. (Novas, 2015, p80). Lacan (1963-62) trabaja el significante freudiano *niederkommen* en su traducción literal como *dejar caer*. El autor dirá que este último se presenta en directa correlación con el pasaje al acto, el cual se produce del lado del sujeto, pero: ¿a qué refiere con esto?

Volviendo al cuadro planteado anteriormente y basándonos en lo expuesto en el capítulo dos, el pasaje al acto se ubica en lo que determinamos como la columna del sujeto. “El

momento del pasaje al acto es el de mayor embarazo del sujeto, con el añadido comportamental de la emoción como desorden del movimiento.” (Lacan, 1962-63, p128). De acuerdo con esto, podemos reconocer el pasaje al acto como una acción resolutive que se manifiesta de forma agresiva y con un fin liberador para el sujeto. Hay un “intento de liberación respecto de un goce intrusivo e insoportable”. (Muñoz, 2009, p 113). “En el pasaje al acto se agrede en el exterior algo interior, que es extimo (ni adentro/afuera, ni propio/ajeno)” (Novas,2015, p79). La referencia a que el pasaje al acto se ubica del lado del sujeto, da cuenta de su propia composición a partir de la estructura del fantasma. “El pasaje al acto está del lado del sujeto en tanto que este aparece barrado al máximo por la barra” (Lacan, 1962-63, p128), quedando reducido a tal punto en su calidad de objeto. Esto remite, como vimos, a la entrada en la estructura subjetiva la cual se da, primero como objeto para luego devenir sujeto. En tanto implica un quiebre en la escena del fantasma, el pasaje al acto es “un salto al vacío por la ventana fantasmática a través de la cual el sujeto hasta ese instante concebía el mundo.” (Muñoz, 2009, p138)

basándonos en lo explicitado, “podemos proponer como paradigma del pasaje al acto el suicidio melancólico.” (Novas, 2015, p80). Se pone de manifiesto entonces, a través de la acción del suicidio algo que hasta el momento se encontraba oculto, encubierto a los ojos del Otro, algo del orden de lo no dicho y cuyo develamiento haría emerger la angustia en el sujeto. “El pasaje al acto es el último intento de un sujeto que no quiere desaparecer, por resolver la presión de un goce que amenaza con hundirlo.” (Muñoz, 2009, p114)

Por lo tanto, en la medida en que no se dice, se actúa. “El suicidio es un rechazo de saber y una puesta del lado del Otro.” (Novas, 2015, p80). Abordamos aquí una modalidad del pasaje al acto, quizá la más radical de todas, pero cabe aclarar que no es la única, tal como vimos anteriormente en el episodio en el que Dora proporciona una bofetada al señor K. Referente al ámbito psicoanalítico también puede ser considerado como un pasaje al acto el abandono del análisis por parte del analizante, dicho abandono se produce ante la imposibilidad de mantener dicho vínculo.

Recapitulando lo abordado al principio del presente capítulo referente a la dialéctica certeza/engaño, diremos que el pasaje al acto se manifiesta como correlato directo de la angustia, bajo la rúbrica de la acción. Aquello que no engaña es precisamente la angustia, y, por tanto, también lo es el pasaje al acto.



Si la acción es la referencia principal de la certeza, el pasaje al acto en tanto variedad de la acción también lo es. Si el acto arrebatada a la angustia su certeza, también el pasaje al acto le arranca su real; la fuerza de un pasaje al acto se potencia a causa de la angustia, ya que actuar es lo único que puede orientar su real en otra dirección. (Novas, 2015, p79).

En definitiva, el pasaje al acto implica un corrimiento, una ruptura en la continuidad de los acontecimientos desarrollados por el sujeto en la escena de la cual se encuentra formando parte, y que a su vez fue montada por sí mismo para el Otro. En tanto acción, implica un corte, un cambio radical y abrupto que se impone sobre la espacialidad y la temporalidad del sujeto, actuando directamente sobre su propia subjetividad traducido como una acción impetuosa.

Así el pasaje al acto es el corte que lo real introduce en la continuidad de lo simbólico-imaginario. Entonces se tratará del hecho que un sujeto pueda dar cuenta de esos puntos de quiebre o ruptura sin atribuirles a una fuerza incoercible, responsabilizándose por sus efectos. (Novas, 2015, p81).

## **CONSIDERACIONES FINALES.**

El presente trabajo implica un recorrido basado principalmente en dos aspectos fundamentales. Por un lado, pretende exponer aquellas consideraciones que resultan de vital importancia para el abordaje de la angustia, tal y como fueron desarrolladas por Freud y Lacan. Es a partir de lo expuesto por dichos autores que son posibles muchas de las concepciones y articulaciones que aun hoy se ven reflejadas tanto en la clínica como en la teoría. En esta línea se intentó dar cuenta de ciertos puntos de convergencia y divergencia entre ambos, los cuales resultan claves en relación al tema de la angustia. Por otro lado, según la forma en la que el trabajo se encuentra estructurado, aporta una posible forma de abordar la angustia que implica cuestionarse y pensarse en relación a la misma. Invita al lector a reflexionar, no solo en lo que refiere a esta como un aspecto ineludible del tratamiento psicoanalítico, sino también en relación a sí mismo y en su calidad de sujeto. Es precisamente, desde ese lugar a partir del cual se encuentra atravesado por la angustia en su propia cotidianeidad. Esto último da cuenta de cierto carácter transversal de la misma, en la medida en que puede manifestarse tanto dentro como fuera del encuadre establecido por el tratamiento psicoanalítico.

A partir de la presente exposición, es posible evidenciar la angustia en su calidad de afecto, rasgo fundamental tanto desde la perspectiva freudiana como lacaniana y que remite directamente a su relación con el sujeto. Es este quien se encuentra afectado, dando cuenta de su propia angustia a partir de diferentes manifestaciones, las cuales se hacen presentes de las más diversas formas, poniéndolo en juego en relación a otros sujetos, a sí mismo, a su cuerpo y a su propia subjetividad.

Remitiéndonos a lo planteado por Freud, puede apreciarse como el autor cambia su propia concepción con relación a la angustia, variando y modificando la misma a partir de sus observaciones y en base a sus propios desarrollos teóricos. De acuerdo con esto, se puede apreciar como el autor plantea una primera teoría de la angustia, en la que se pone de manifiesto que la misma se presenta como producto de la represión. Esta teoría es revisada años más tarde, dando lugar a lo que sería su segunda teoría, donde la relación represión/angustia se ve invertida, siendo esta última quien da paso al mecanismo represivo. Además, en esta segunda tónica, se erige el yo como elemento fundamental en la relación planteada. Es este el encargado de reproducir la angustia como señal, auspiciando de salvaguarda del sujeto ante la manifestación de determinada situación de peligro, la misma situación que se encuentra en correlato directo con determinado factor traumático. Esto da cuenta de la complejidad de los conceptos abordados, y deja en evidencia que a pesar de la larga tradición

psicoanalítica con la que contamos en la actualidad, aun hoy, tales concepciones pueden ser objeto de análisis y de cambio, dando lugar a nuevas perspectivas, nuevos conceptos e incluso nuevos paradigmas

El abordaje de la angustia desde la perspectiva de Lacan da cuenta de lo expresado en el párrafo anterior. El autor retoma muchas de las conceptualizaciones freudianas, revisándolas y trabajando en base a las mismas, así como también exponiendo nociones que resultan totalmente novedosas y hasta controversiales, complejizando aún más el estudio de la angustia en su calidad afecto. Al respecto, Lacan toma su invención del objeto *a*, dando cuenta del vínculo que este guarda con la angustia, siendo un elemento particular bajo el cual se manifiesta y se estructura la misma. A partir de esto, y en su estrecha relación con el sujeto, esta adquiere su carácter de gozne entre el deseo y el goce, auspiciando de señal cuando la distancia entre ambos se ve desdibujada. Es así que desde la perspectiva lacaniana se entiende la angustia como el afecto que más importa a la práctica psicoanalítica.

Desde ambas perspectivas se pone de manifiesto, además, la estrecha relación que guarda con la castración. Tal vínculo es abordado desde formas y perspectivas diferentes, pero no por ello opuestas o contradictorias. En ambos autores se puede apreciar una basta articulación con diferentes elementos que aportan a su conceptualización. En definitiva, a partir de ellas podríamos afirmar que la castración resulta uno de los pivotes, sino el más importante, en lo que refiere al abordaje de la angustia, ya que es esta, precisamente, la que da cuenta del vínculo entre el sujeto y el Otro. Relación a partir del cual se articula la cuestión del deseo, dando paso a la diferenciación respecto del deseo del Otro.

Finalmente, es a partir de dicho lugar primordial que ocupa el Otro desde donde son abordadas las nociones de *acting out* y pasaje al acto, considerando las mismas como actuaciones provenientes del sujeto en correlato con este Otro. Estas son motivadas en el sujeto como prueba de la posición que este ocupa y que dan cuenta, a la vez, de cierto sufrimiento y malestar psíquico padecido por el mismo. A partir de lo expuesto a lo largo del presente trabajo, tanto el *acting out* como el pasaje al acto se ubican en relación al sujeto, y la forma en la que este puede desenvolverse en el vínculo con el Otro; y como, a partir de ese lugar, lidiar con la angustia que allí se manifiesta. Ambas nociones, aunque no las únicas, son dos modalidades en las que el sujeto puede mostrarse para con este Otro, tanto fuera como dentro del encuentro analítico. En base a esto, diremos que son dos formas en las que la transferencia puede manifestarse a través de la acción, y que, por la naturaleza de ambos fenómenos, constituyen un

verdadero obstáculo para el tratamiento psicoanalítico. “Actuar es arrancar a la angustia su certeza, es operar una transferencia de la angustia.” (Safouan, 2015, p226). En tal sentido podríamos afirmar que, en la medida en que el *acting out* da lugar a cierto estancamiento del sujeto dentro de la escena planteada, el pasaje al acto implica un corte de forma radical, desembocando por ejemplo en el abandono del tratamiento.

Todas las cuestiones abordadas hasta el momento dan cuenta de lo complejo que resulta abordar la angustia a partir de la teoría psicoanalítica. Dicha complejidad se ve magnificada si tenemos en cuenta las características del momento histórico en el que nos encontramos, donde prima la lógica de lo instantáneo, de lo efímero, del aquí y ahora, donde se reproducen discursos basados en determinadas ideas del éxito y del poder. Las mismas Ideas que no logran ser acompañadas por la puesta en práctica de tales discursos, dejando al descubierto una mascada brecha entre ambos, donde la única víctima son los sujetos que se encuentran formando parte. Sujetos que resultan presos de dichas lógicas que los exigen, los demandan y los controlan, a las cuales, necesariamente deben responder para no quedar alienados. Es a partir de esta exigencia que la angustia se hace presente, bajo las más diversas formas. Ansiedad, pánico, dolor, tristeza, estados depresivos, estrés, agobio, son solo algunas de las formas a través de las cuales los sujetos pueden dar cuenta de la misma, manifestaciones actuales que la reivindican constantemente. Por este motivo, tanto desde la academia como desde la clínica, implica un gran desafío que no puede ser tomado a la ligera, y que exige imperativamente cierto grado de compromiso y ética, tanto humana como profesionalmente. Desde este lugar habremos de ocupar nuestro rol como psicólogos, posicionandonos de tal manera que podamos escuchar la angustia, y a partir a ahí, abordar el cambio en el sujeto.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- D'Angelo, R., Carbajal, E., y Marchilli, A. (2014). Una introducción a Lacan. 17a reimpresión. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Freud, S. (1895 [1894]). Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia. *En Obras completas, vol, III*. Buens Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1905). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. *En Obras completas, vol. VII*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1915). *Lo inconciente*. *En Obras Completas, vol. XIV*. Buens Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1917). *25a conferencia. La angustia. Parte III. Doctrina general de las neurosis (1917[1916-17])*. *En Obras Completas, vol. XVI*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1919). *Lo ominoso*. *En Obras Completas, vol. XVII*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1923). *El Yo y el Ello*. *En Obras Completas, vol. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1926 [1925]). *Inhibición síntoma y angustia*. *En Obras Completas, vol. XX*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1932-36). *32a conferencia. Angustia y vida pulsional. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (1933 [1932])*. *Obras Completas, vol. XXII*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Harari, R. (2007). *El Seminario <<La angustia >>, de Lacan: una introducción*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original 1993).
- Lacan, J. (2011). *El Seminario. Libro 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original de 1962-63).
- Lacan, J. (2015). *El Seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original de 1957-58).

Laplanche, J. & Pontalis, J. B. (2004). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original de 1996).

Muñoz, P. D. (2009). *La invención lacaniana del pasaje al acto: de la psiquiatría al psicoanálisis*. Buenos Aires. Ediciones Manantial.

Novas, M. (2015.). *Las actuaciones en la transferencia psicoanalítica en dos servicios de atención psicológica de la UdelaR*. Tesis de maestría. Universidad de la República (Uruguay). Facultad de Psicología.

Novas, M. (s.f.). *Conceptualizaciones freudianas sobre la angustia*. Inédito.

Safouan, M. (2015). *Lacaniana I: los seminarios de Jacques Lacan 1953-1963*. 5a reimpresión. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original de 2003).